

Mi pequeña isla pez



Escrito e ilustrado por
Lucía Pérez García

Esta historia resultó ganadora en el concurso de relato breve *20 años haciendo Europa* por el que se premiaba una creación literaria que versara sobre el significado, las experiencias y los valores del programa Erasmus.

Edición del Programa Sectorial Erasmus
Organismo Autónomo Programas Educativos Europeos
Madrid, julio 2009

Diseño, maquetación e impresión:
Composiciones RALI, S.A.

Depósito legal:
BI-1866-09



*A mi madre
porque a ella le debo Venecia.*

*Y a todos mis compañeros Erasmus
porque conseguimos hacer nuestra la
isla.*

*Cierro los ojos y el mundo muere.
Levanto los párpados y todo nace nuevamente.*

El sol se asoma tímidamente por la laguna de Venecia, sonrojando las aguas tibias y tranquilas. Yo siempre pensaba que es la ciudad más bonita del mundo porque el sol sale y se esconde siempre sobre el agua, y la isla tiene forma de pez, o de dos peces que se comen el uno al otro. Así la llamábamos todos los estudiantes españoles, la isla pescadito. *La nostra piccola isola pesce. Ma che bella che sei*, decíamos todos los días, qué suerte hemos tenido de conocerte. Y eso que aún no lo sabíamos del todo.

Yo vendré aquí de Erasmus, dije un día de primavera de hace más de tres años cuando la pisé por primera vez. Estás loca, me respondieron

algunos, no sabes lo que dices, no sabes lo que es vivir aquí. No me importa, algo me dice que tengo que venir, vivirla desde dentro. Sé que ocurrirá.

Levanto los párpados y todo nace nuevamente.



San Giorgio Maggiore rozando el sol...

Estos versos de Sylvia Plath son los que reflejan lo que ocurre ahora que he vuelto de mi preciosa isla pez. Abro los ojos y me encuentro con una megalópolis vertical y caótica, donde la gente va y viene como hor-

migas trabajadoras y voraces de actividad urbana, anónimas y ausentes, ninguna cara me suena, y de pronto las calles abarrotadas, ruidosas y pesadas por el dióxido de carbono me resultan casi desconocidas. Yo, que siempre había adorado Madrid, la ciudad soleada y burbujeante que me vio nacer hace poco más de veintitrés años, en la que me sentía arropada y feliz como una niña, y ahora me resulta gigantesca, monstruosa y peligrosamente geométrica.

La noche que llegué a Venecia era húmeda y tan oscura como un mal pensamiento, sin embargo cuando bajé del avión la brisa me golpeó la cara, pude percibir el olor marino y sentí los minutos posteriores como una revolución fresca y chispeante. Saliendo de la recogida de maletas miré al suelo y descubrí una pequeña llave, como la de un diario. La recogí inmediatamente. Era la primera señal. Sé que guardaré esa pequeña llave el resto de mi vida.

Esperando el autobús que me llevaría a Piazzale Roma, el primer y último lugar de la ciudad donde se puede llegar con ruedas, conocí a un romano de mediana edad llamado Corrado que al ver mi cara entre aturdida y feliz, me preguntó si venía de Erasmus. Erasmus, esa era la palabra má-

gica, la que más entusiasmo me provocaba, y la que más escucharía durante el resto del curso. Asentí con una sonrisa, y balbuceé alguna palabra en mi pobre italiano. *Vas a vivir en la ciudad más bonita del mundo, ya lo verás.* A todos los sitios a donde viajes vas a encontrar un ángel de la guarda, pensaba yo, y ese era el mío, era la segunda señal. Me habló durante el resto del trayecto de las islas, de sus gentes, del Campo Santa Margarita donde inevitablemente acabaría bebiendo un spritz todas las tardes con los estudiantes de la ciudad. Al llegar, me acompañó a la parada del vaporetto que me llevaría a mi residencia, me compró un billete y me deseó suerte. Nunca había estado tan segura de que la tendría.



Cuando ya estaba montada en ese barco tambaleante y atronador, pude percibir desde uno de sus lados la isla de la Giudecca, con sus casitas bajas de ventanas con arco de medio punto iluminadas en su interior, y fue entonces cuando el corazón se me encogió, sentí como toda la piel se me erizaba y me faltaba el aire de los pulmones. Era una sensación que no tenía desde muy pequeña, y comprendí entonces que lo había conseguido. Las horas en vela para preparar el dossier de mi obra, los exámenes de italiano, los papeleos y las visitas a la secretaría de mi facultad habían merecido la pena. Venecia era la ciudad más bonita y yo la chica más feliz.

Rocío de los Llanos había nacido en Sevilla, pero la profesión de sus padres le había llevado a cambiar de residencia por varias ciudades de la península, hasta terminar de establecerse en Valencia para estudiar Bellas Artes. Me habían pasado su email, que habían colgado en un foro Erasmus de internet, y antes de llegar habíamos hablado varias veces para encontrar residencia y solucionar los típicos problemas que acompañarían a nuestro aterrizaje. Llegó sólo unas horas antes que yo, pero vino a recogerme a la parada de la Giudecca con una sonrisa y sus mejores intenciones. Era más joven que yo, apenas año y medio, tenía la piel blanca

como un bebé y mientras me ayudaba con las maletas y me contaba los pormenores de su viaje, me inspiró ternura infantil, y tuve la intuición de que íbamos a ser muy amigas. Era mi primera amiga en la ciudad. Cuántos años sin tener nuevos amigos, sin enlaces con ningún otro conocido, completamente virgen en mi vida. Rocío de los Llanos fue la tercera señal, la definitiva que me indicaba que todo iba a ir bien.

Y aun estando completamente embriagada por aquella ciudad bañada y fantasmagórica, exhausta y entusiasmada como una cría la mañana de reyes, cuando me metí en la cama baldada por el cansancio, comencé a llorar inexplicablemente, sin poder parar. Fue el estallido después de tanto tiempo de espera e incertidumbre.

No puedo decir que las circunstancias fueran fáciles al principio. Debíamos solucionar demasiadas cosas en poco tiempo, y la torpeza con el idioma y los horarios no ayudaba. No podía creerme que en una ciudad tan pequeña fuera tan necesario ir con la nariz permanentemente hundida en un mapa. Es posible que no conozca otra ciudad en la que sea tan fácil perderse, y al mismo tiempo en la que resulte tan emocionante. Siempre hay rincones que conocer, siempre hay un detalle pintoresco que



apuntar en la memoria, pero también es cierto que cuando tienes que buscar cobijo y encima llueve, no debes detenerte mucho a admirar el paisaje.

El cobijo llegó después de una semana de búsqueda infructuosa. Un anuncio en la calle me sacó de la desesperación y me resguardó del frío helador que comenzaba a hacer en la ciudad. Un veneciano llamado Mattia, fue cortés, pero no demostró demasiado entusiasmo cuando vio a aquella estudiante española de pelo alborotado, cara de cansada y las botas sucias apareciendo por la casa para dar a entender que estaba intere-

sada. Veía sus ojos azules, más azules que el Adriático, clavados en mi rostro, y a continuación dijo que tenía cierto temor con los estudiantes Erasmus, y pude percibir como omitió añadir “españoles” detrás de Erasmus. *Vosotros siempre estáis haciendo fiestas, ¿no?* Pues también es cierto lo que dicen por ahí, pensé yo, que los Erasmus españoles tenemos bastante fama de alborotadores. *Pero tú pareces tranquila. Está bien, puedes quedarte.*



Era tranquila, lo único que necesitaba era una cama donde dormir y un edredón para no pasar frío. En ese momento sentí que la ciudad era mía. La habían puesto ahí para mí, y para Rocío de los Llanos, y para Elena, Isabel, Ana, Marta Jorge, Patricia, Aizea, Amaia, Belén, el resto de españoles de la Accademia di Belle Arti que fui conociendo en días sucesivos.

Porque allá donde íbamos, había españoles, decenas de estudiantes con el mismo brillo en los ojos, la misma expresión picaresca. Los Erasmus eran los que se hacían amigos de todo el mundo, los que siempre

hablaban, los que siempre reían y estaban tomando spritz en el embarcadero de Rialto, hiciera frío, calor, sol, lluvia o nieve. Sobre todo eran españoles, sí, algunos ni siquiera hablaban otra lengua que la suya, pero siempre se hacían entender, y así todos conseguimos tener un vocabulario básico en los más diversos idiomas europeos.



Mattia me contaba cosas sobre la ciudad y la región, sobre su país que tanto parecía querer, yo escuchaba ensimismada con una taza de café con leche entre las manos destempladas, y Antonello, nuestro otro compañero, venido “de la puntera de la botita”, Calabria, nos miraba con una sonrisa socarrona mientras se atusaba el pelo castaño. Antonello se fue



Marta



Jorge



Patricia



Anaia

unos meses después a vivir con su novia, en su lugar llegó otro chico moreno y sureño, cuyo acento al principio no entendía, llamado Enzo. Era especial cuando las mañanas de fin de semana, nos levantábamos un poco tarde y charlábamos amigablemente, siempre con un café entre las manos, ese café delicioso que aquí no consigo encontrar. Siempre se reían cuando me quejaba del frío y la humedad, cuando hablaba de los horarios españoles, que ellos no entendían y en particular, se morían literalmente de risa cuando a veces me enfadaba por cualquier nimiedad y entonces me salía un lamento en el más profundo de los acentos madrileños. No lo entendían, pero siempre decían que las españolas tenemos mucho carácter ante las contrariedades.

A veces me pregunto si ellos se acuerdan tanto de mí como yo de ellos.



Voy bordeando la isla pescadito persiguiendo el sol, y mientras, escucho el rumor de las aguas, de los *vaporetti*, la gente hablando en ese dialecto que al principio me resultaba exótico y desconocido y que ahora comprendo casi a la perfección. Venezia con zeta, los venecianos la pronuncian con una ese fuerte y sorda. Tienen todos la piel bronceada por el sol que se refleja en el agua de los canales, y nunca verás a un lugareño



con prisa, porque la prisa no existe en este limbo detenido en el tiempo. No tardé más que un par de días en darme cuenta. Una sensación de paz me invadía cuando caminaba, y entonces descubrí que no había coches, ni claxons, ni atascos, salvo los que se daban a veces en canales pequeños entre taxis motorizados y góndolas, que siempre provocaban más de una situación divertida. Los venecianos salen de trabajar y se dirigen con tranquilidad a algún bar con terraza a beber el famoso spritz, que no es más que vino con vermouth y soda, la be-

bida más popular del lugar, y se la toman con parsimonia mientras charlan con algún otro cliente, con la camarera, o con el estudiante Erasmus, al que no duda en preguntarle si le gusta la ciudad. Cómo no me va a gustar, estás bromeando, respondo a todos. No sólo porque es la ciudad más bonita del mundo, sino porque estoy haciendo mi año Erasmus en ella. Es que no sabéis la suerte que tengo, pero qué afortunada, qué feliz soy, qué más puedo pedir.

El agua subía, inundaba las plazas y las calles, y arrastraban las posibles preocupaciones que pudiéramos tener. Convertimos las botas de agua en nuestras mejores amigas, y chapoteamos todo lo que no pudimos de pequeños. Resulta increíble lo que cambia el paisaje el líquido elemento, le decía a la pequeña Rocío de los Llanos. Y el estado de ánimo, añadía ella. También es cierto que a veces la melancolía nos invadía, nos replegábamos sobre nosotros, y lo achacábamos a la morriña, al desarraigo, al agotamiento de tener que pelear en otro idioma. Todos teníamos nuestros problemas, todos soltamos alguna lágrima de vez en cuando, pero siempre estaba allí todos para hacer una piña, darnos unos abrazos muy fuertes y hacer que las lágrimas fueran a parar al canal más cercano, y las preocupaciones, la tristeza, el dolor, fuera a disolverse entre el agua y la bruma que se formaba sobre ella. Agua, agua, lo que me vas a faltar cuando te deje, *piccola isola pesce*, decíamos. Lo que me vas a faltar, preciosa, y lo que me faltáis ahora todos vosotros, pequeños Erasmus.

Me pregunto cómo será la Academia de Bellas Artes ahora que no estamos ninguno, ahora que nuestras risas no inundan los pasillos, ahora que no estamos armando jaleo en el patio central. Ahora que cada uno de nosotros está en una ciudad distinta de esta península bañada por el sol,

y que ya no nos encontramos para ir caminando mientras tomamos un helado hasta el paseo de Zattere, que bordea el canal de la Giudecca y nos deja en la puerta del centro. Para mí no tiene ningún sentido esos pasillos, ni esas aulas, si no estamos ninguno, para mí están vacías y oscuras. Seguro llegarán otros Erasmus, otros estudiantes a los que ahora envidiamos, porque harán lo que nosotros haríamos de nuevo sin dudar, por repetir y disfrutar cada momento como si fuera el último, porque realmente lo era, no hay más vida Erasmus que una, sólo tienes una oportu-



nidad y debes aprovecharla. Te lo advierten muchas veces, pero te parece que nunca es suficiente, los días van pasando, y tienes tantas cosas que descubrir, tanta gente nueva a la que conocer, que te gustaría que el día tuviera mil horas, y aun así, también te sabría a poco.

Un monumento a la paciencia del Erasmus, bromeábamos. Vete aquí, vete allá, habla con el coordinador, pídele al secretario que te mande estos papeles. La burocracia siempre es igual de molesta en todas partes, es posible que más lenta o más rápida, pero molesta de todas maneras. Todo sea por estar aquí, en este lugar, decíamos. Con la Erasmus conoces gente, entablas amistades, inicias relaciones, las rompes, te ríes, lloras, viajas, estudias, aprendes otro idioma, descubres cómo se puede vivir con poco, aprendes cosas nuevas, aprendes cosas que nunca deberías hacer, recuerdas a alguna gente, olvidas a otra que no merece el recuerdo. Una beca que te proporciona todas esas oportunidades, pero que requiere un lato-so papeleo. Supongo que merece la pena, al final uno obtiene la recompensa al aguante por tanto desbarajuste.

Y aunque al principio poco difícil, el idioma, añoranza del hogar familiar pronto que uno puede construirse una rutina en un lugar diferente, en un país que no es el tuyo, lo simple y fácil que puede llegar a ser construir un pequeño



todo pareciera un la burocracia, o la liar, es increíble lo



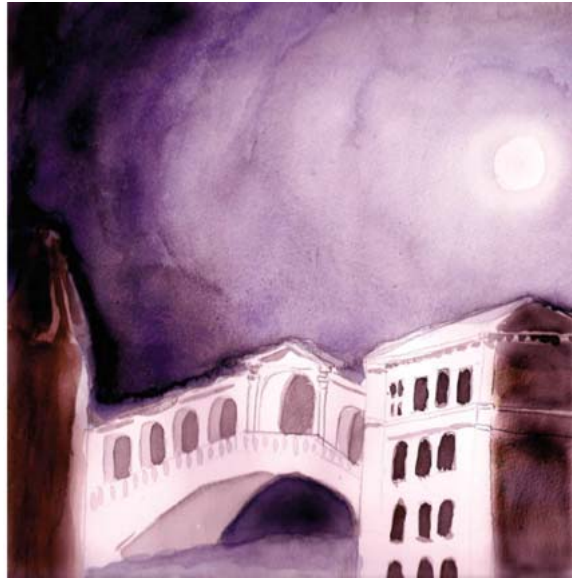
mundo aparte, y qué pronto te acomodas, y lo duro que es pensar en el día que tienes que dejarlo.

Yo llegué a Venecia enamorada, con medio corazón en Madrid, y durante más de la mitad del curso no paré de pensar en lo que me gustaría



pasear por esas mismas calles llenas de arte, de historia, de vivencias y de humedad, agarrada de su mano. La cantidad de rincones que podría enseñarle. Los lugares donde nos resguardaríamos de la lluvia. Enseñarle el Puente de los Suspiros, y ver pasar a las parejas paseando en una góndola que nosotros no podríamos pagar. *Yo no soy una turista*, le diría, *soy veneciana*. Le llevaría a los sitios donde no van los turistas, sino los venecianos como yo, hablaría con ellos en su dialecto, y le enseñaría a regatear en los mer-

cados, a beber spritz y prosecco en los mejores bares, donde ponen las mejores sarde en saor. *Pruébalo, son sardinas con cebolla, pasas y piñones, plato típico de Venecia, está riquísimo*, y le invitaría a comer una pizza en nuestra plaza favorita, el Campo Santa Margarita, porque aún no le habría dicho que en Venecia las plazas se llaman campos, y en ese pasábamos la mayor parte de nuestro tiempo libre, en una esquinita con escaleras que casi todos los lugareños que allí estaban terminaron apodando el *rincón de los españoles*. Hubiéramos mirado el eclipse lunar desde la Plaza de San Marco, que a medianoche suele estar desierta, probablemente muertos de frío, pero yo feliz por introducirle en la ciudad, y poder ver la luna cobriza que no se repetirá en cientos de años, y por supuesto nunca en un lugar tan especial. Le



habría presentado a todos mis nuevos amigos, los italianos y los españoles, y seguro que se hubieran caído muy bien. Y también habríamos podido ver a los violinistas que se situaban a tocar cerca del puente de Rialto, y haber ido a las fiestas de San Piero di Castello, a comer polenta a la parrilla y calamares rebozados y a escuchar las tómbolas y a los niños jugando. Hubiéramos comprado máscaras en Carnaval y nos las hubiéramos intercambiado, o quizá yo le habría pintado la cara, y él a mí, le habría pedido que me dibujara una mariposa de colores, y hubiéramos visto las decenas de desfiles y teatros callejeros, nos habríamos hecho fotos con el *Pulcinella*, el Arlequín, el *Dottore*, el *Pantalón* y el resto de la *Comedia dell'arte*. Hubiéramos visto los fuegos artificiales sobre la Laguna con gesto de niño asombrado, hubiéramos bebido spritz hasta el amanecer.

Pero aquello nunca ocurrió, y con el paso del tiempo yo fui olvidando aquel medio corazón que me había dejado en mi ciudad, poco a poco fue borrándose, marchitándose, porque nunca vino, aunque dijo que le hubiera gustado, y su rostro fue desdibujándose con el paso del tiempo, su voz se fue perdiendo en mi memoria, hasta terminar desapareciendo. Sin embargo, la ciudad de Venecia guarda un poco de aquel medio corazón



en cada rincón por el que estuve pensando en él, y para mí, sus calles siempre llevarán su silueta.

Los meses siguieron pasando, algunos se enamoraron, otros permanecieron con el corazón intacto, muchos perdimos los papeles en más de una ocasión, sobre todo en las fiestas espontáneas que se organizaban en Rialto, donde un buen día los sabios estudiantes descubrieron que allí los edificios que rodean a la *Erberia* son del ayuntamiento, y por lo tanto,

carentes de vecinos a los que molestar. Hay que hacer caso a los estudiantes, digo siempre, saben mucho más de lo que la gente se cree. Aunque armemos un poco de ruido, aunque a veces seamos un poco ruidosos, sé que sin nosotros ningún lugar sería divertido.

Yo hubiera podido pasarme días enteros trazando el horizonte de Venecia sobre todos mis cuadernos de dibujo, intentando imitar con acuarelas los colores del cielo cuando atardece y refleja el agua contra las casitas de ventanas verdes y tejados rojizos. Refulge, decíamos, refulge sobre los ladrillos. Y acuarelando nos pasábamos las frías tardes de invierno Rocío de los Llanos y yo, porque las tardes de invierno son húmedas y brumosas, y cuando viene el siroco hay que temerse otra inundación, y aquello me inspiraba a la hora de hacer húmedos y acuarelados dibujos, como las tardes venecianas, como la melancolía, y la alegría de estar viviendo allí. Y cómo sonaban las campanas de las innumerables iglesias, llamando al culto, o para nosotros, simple música, la música veneciana, todo el ruido que puede existir es ese.

Cuando llegué a España, hablé con Isabel, que me decía que echaba de menos terriblemente el *Santo Bevitore*, nuestro bar favorito en el barrio

de Cannaregio, que también era mi barrio favorito, por sus mercadillos, sus bares de vinos y tapas de pescado, el ghetto judío, y por supuesto, los conciertos que se organizaban en el bar mencionado, todos los lunes a partir de las nueve de la noche. Al borde del canal y en una minúscula plaza nos juntábamos todos los estudiantes, que ni siquiera cabíamos, e inundábamos también la acera y el puente, hasta llegar a colapsar el paso, para escuchar a bandas y grupos de la ciudad que alegraban nuestras noches. Cómo terminábamos bailando en más de una ocasión, cómo espontáneamente el público italiano se arrancaba a cantar aquello de *Questa mattina mi son svegliato, oh bella ciao, bella ciao, bella ciao ciao ciao!*, que a los españoles ni nos sonaba, pero que terminamos cantando con ellos por solidaridad, y saltando, y agitando todo el cuerpo, que no era más que alegría acumulada, porque lo malo había pasado, la primavera había llegado y estábamos en casa, en nuestra nueva casa, nuestro destino Erasmus.

Allí siempre estaban Francesco, Alessandro y Bebo, a los que después de tres visitas a la fiesta, terminamos conociendo. Tocaban en un grupo de Bossa Nova,





y fueron ellos los que nos enseñaron lo mejor de la ciudad, aquello que no venía en ninguna guía de viaje. Y fue gracias a ellos por lo que terminé aprendiendo ese dialecto entre quejicoso y cantarín, que ellos llaman *venezian*, otra vez con la ese fuerte, porque después de muchas noches de salir y acabar cantando canciones de los Beatles en una plaza desierta, ya ni se esforzaban por hablarnos en un italiano correcto. Y cuando ya habían cerrado todos los bares siempre quedaba el otro gran secreto de los italianos, la comida, y allí se personaba la

voz profunda y socarrona de Francesco, *dai, fioi, andemo a casa e fasemo la pasta asciuta...*

Ahora todos me dicen que hablo italiano con acento veneciano, y yo siempre pienso que ellos, ciudadanos tan orgullosos de la Serenísima Re-

pública de Venecia, estarían encantados de haberle transmitido a alguien ese dialecto que no se enseña en las escuelas, casi ni viene en los libros, pero todos hablan en la isla pescadito.

La noche del Redentore es la noche de las lágrimas. La mayor fiesta veneciana junto con el Carnaval, se transformó en la noche más triste del año, y probablemente la de mi vida. Miles de barcas cubrían la superficie del Canal de la Giudecca, cerca del puente flotante entre Zattere y Redentore que construyen para la ocasión. Todas las familias de la ciudad estaban en la calle, habían estado tomando el sol todo el día, y al caer la tarde se situaban sobre las baldosas, las mesitas plegables, las cubiertas de los barcos de todos los tamaños, farolillos de colores adornaban las barandillas y los balcones, y la población vivía inmersa en la celebración de su fiesta, ajenos al hecho de que para nosotros era la noche más triste del mundo. Y mientras los fuegos artificiales estallaban en el cielo, tiñendo de todos los colores posibles la cúpula celeste de la isla, oíamos a los venecianos gritar histéricos, entre el alboroto ensordecedor de la pólvora estallando. Gritaban como *hooligans* en una final de fútbol, a cada explosión gritaban más, se emocionaban, cantaban, se abrazaban violentamente, agitaban los puños en el aire y hasta reprimían las lágrimas. Yo

comprendí entonces que lo que sentía era envidia, porque estaban orgullosos de su isla, y que en el fondo, yo nunca sería veneciana del todo. Podrían adoptarme, podría intentar ser como ellos, hablar en su idioma y acoger sus costumbres, pero no se me permitiría gritar en la noche del Redentore, y en esta ocasión ni podía intentarlo, porque tenía el estómago encogido y el alma arrugada. En pocos días muchos comenzarían a partir de nuevo a sus hogares. Cada uno a su casa. Repartidos por España, y otros por Europa. Y habría más Redentore, más noches en Venecia, pero nosotros no estaríamos para verlo. Es posible que volviéramos, pero ya nunca estaríamos todos juntos, a la vez, en el mismo lugar, la misma situación, los años nos irían cambiando, dejaríamos de ser esos estudiantes alocados para empezar a ser adultos del todo, con responsabilidades y facturas que pagar, y recordaríamos que vivimos en una ciudad diferente, sin coches, con ríos y barcas, donde cada mañana yo me asomaba al balcón a respirar el aire cargado de humedad, y saludaba desde un puente con sonrisa coqueta a los gondoleros que pasaban, y como ellos responden aduladores a las jóvenes venecianas, *ciao bella, ti amo*, y lanzaban besos al aire, y donde a veces, cada cierto tiempo, las calles y plazas se inundaban de medio metro de agua, y donde cada noche que salíamos sabíamos que conoceríamos a alguien nuevo, de un país distinto, y donde

rellenábamos nuestros cuadernos de dibujo de bocetos de casitas, ventanas, puertas venecianas, y donde, en definitiva, vivimos un año que probablemente, cambió nuestras vidas, o por lo menos nos dio la posibilidad de ello.

Y entonces se me escurrieron dos lágrimas por las mejillas, no fue un llanto amargo ni violento, sino más bien un llanto de resignación, como de angelito apenado, sabiendo del final de su destino.

Y entonces, la pequeña Rocío de los Llanos, situada a mi lado, se giró y pude percibir un susurro entre el estruendo pirotécnico que nos rodeaba.

Gracias por ser mi Erasmus.

Le respondí con una mirada, y poco después con un abrazo. Sobraban las palabras.

Después Francesco, Bebo y Alessandro dieron un concierto, y me sacaron a cantar nuestra canción favorita, que no habíamos preparado previamente, pero la suerte jugaba de nuestro lado.



Tall and tanned and young and lovely, the girl from Ipanema goes walking...

Siempre me quedaré con ganas de cantar la versión lugareña que yo misma inventé, pero no me atreví por vergüenza.

Alta abbronzata giovane carina, la ragazza di Venezia camina...

Fui la última en marcharme. Realmente los últimos días fueron un canto a la nostalgia por todo lo vivido. Cada metro cuadrado tenía la esencia de todos mis amigos. Los conciertos, las clases de dibujo, los paseos, las visitas a mi iglesia favorita, la de Santa Lucía, a verla y pedirle que me aclare el futuro. Lo hice la última tarde que pasé en la ciudad, me detuve frente a ella, y le supliqué respuesta ante la pregunta que me rondaba y me angustiaba desde hacía días. ¿Y ahora qué?

Después me recosté en uno de los bancos de la plaza de la iglesia, y me quedé dormida, no mucho, pero lo suficiente para despertarme desorientada y aturdida. Había unas chicas árabes comiendo un helado en el banco de enfrente. Es posible que me estuvieran mirando con curiosidad

mientras yo dormía. Ellas iban con el cuerpo cubierto con un velo negro de cabeza a los pies. Una de ellas me sonrió dejando ver una hilera de blanquísimos dientes, y yo no pude evitar devolverle la sonrisa. Me salió tan espontánea, que ella a su vez me respondió con una risa gorjeante. Después me levanté, dije adiós y me alejé lentamente.

Ya anocheciendo estuve en Campo San Barnaba, donde está la frutería-barco, a esas horas cerrada. Me había tomado un spritz yo sola, pero cuando uno bebe solo no sabe igual. En Italia, al igual que en todos los países Mediterráneos, el beber tiene una función claramente social, uno lo hace para estar charlando con los amigos, para relajarse en compañía después del trabajo y reírse todos reunidos frente a una mesa o la barra de un bar. Cuando bebes solo, se supone que tienes un problema. Y allí estaba yo sola, sentada en las escaleras del canal, despidiéndome de la ciudad que me había visto enamorada, desenamorada, feliz, radiante, triste, melancólica, enfadada, alocada, creativa. La que me había visto hacerme un hueco en ella, y que veía como una broma pesada el arrancármelo, arrebatarme lo que tanto trabajo me había costado.

Un gondolero atraía a los turistas con su llamada de *¡Góndola, góndola!* Después de un rato, se dirigió a mí, acudiendo a mi llamada de curio-

sidad, ávida de entablar conversación. Comenzamos a charlar sobre el tiempo, y terminé contándole que estaba muy triste porque tenía que dejar la ciudad. Eres española, entonces...comentó. *De Madrid*, respondí. *Oh, pero qué bonito es España. He estado allí varias veces, y me encanta.* Vaya, pensaba yo. *¿Eres gondolero desde siempre?* De familia de gondoleros de varias generaciones, me contó, hijo, hermano, sobrino y nieto de gondoleros venecianos. *Nunca podrías cambiarme la ciudad, entonces, le dije, eres un veneciano de verdad. ¿Y tú acaso querías cambiar Madrid?*, respondió.

Se despidió cuando consiguió a unos turistas estadounidenses a las que pasear por un buen precio. Ya desde su góndola con asientos de terciopelo, me guiñó el ojo, y sonriéndome me dijo, *Ciao bella, non essere mai triste...*

Me acuerdo mucho de la sonrisa de ese gondolero en los momentos de nostalgia. Sé que si vuelvo a la isla pescadito le buscaré y le preguntaré su nombre, y después le diré que no he olvidado su sonrisa ni su voz, que por lo menos haré todo lo posible para no borrarla de mi mente.



Ciao Venezia.

Mi pequeña isla pescadito.

Ciao significa adiós, pero también puede ser hola. Sobre todo, no significa hasta siempre.

Ciao viene del dialecto veneciano.

Significa “Sono suo schiavo”. Soy su esclavo.

Soy su esclava.



Mi pequeña isla pez



Ahora qué.

Voy a la Universidad a la que he ido siempre, a mirar mis nuevas asignaturas, que serán nuevas, pero a mi me parece ya todo demasiado conocido. La rumorosa facultad que conocí hace ya cinco años, y que espero abandonar después de este curso, pues finalizaré en junio, parece no haber cambiado nada. Salvo en la gente, que cada día me parece más joven, y con menos rostros conocidos, y yo me siento cada vez más lejana a este edificio que me vio entrar con dieciocho años y un montón de ilusiones por ser artista, o por lo menos, por ser feliz con lo que me gustaba hacer.

De pronto una voz a mi lado. *¡Lucía!*

Es una chica morena de ojos claros, que sonrío y se le ilumina la mirada.

Recuerdo el brillo en la mirada. Ese brillo...

Es italiana y viene de la Academia de Bellas Artes de Venecia. No iba conmigo a ninguna clase, sólo coincidimos un par de veces en el patio o los pasillos. No la veía desde mayo o junio, y la verdad es que tampoco

recordaba su cara mucho desde que me dijo que estaba interesada en pedir la beca Erasmus en Madrid. De hecho casi lo había olvidado.

No tenía tu dirección de email, y la verdad es que no quería molestarte mucho, pero te he visto por aquí y quería saludarte...

¿Pero cómo no me has dicho nada?

Bueno, pues aquí estoy, esto es muy grande, me siento un poco perdida, pero sé que en unos días estaré mejor. Aún echo de menos a mis padres, mis hermanos, mi novio...sé que se me pasará, me han dicho que los primeros días de la Erasmus siempre son duros, pero que luego mejora ¿no? Bueno, eso espero, que los días malos pasen pronto.

De pronto comprendo. Ahora qué. Ahora va a empezar algo nuevo. Me aseguro de que tengo monedas en el bolsillo del vaquero. La agarro de la mano y arrastrándola suavemente me dirijo a la cafetería.

Claro que sí, claro que se pasa. Guapa, ahora mismo vamos a solucionarlo.



Lucía Pérez García
2007



Programa de aprendizaje permanente

